

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 31, 7-9): *El Señor ha salvado a su pueblo.*

Salmo (125, 1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros»*

2ª lectura (Hebreos 5, 1-6): *Dios es quien llama.*

Evangelio (Marcos 10, 46-52): *¿Qué quieres que haga por ti?*

¿Quién no se ha sentido alguna vez “un don nadie”? Al intentar llamar la atención del camarero, una y otra vez, en un bar con mucha gente y tener la sensación de ser ignorado; al hablar con alguien que tiene la mirada perdida en otro sitio, o que mira permanentemente al reloj...

Hoy, la psicología social sabe que los pobres suelen estar atentos a los demás y a sus necesidades porque viven la misma realidad y porque les va la vida en ello: “si no nos ayudamos entre nosotros, no nos ayudará nadie”; y que los ricos y poderosos, porque tienen dinero para comprar cualquier servicio que solucione sus necesidades, no suelen prestar atención a los demás y a sus necesidades.

La atención que prestamos a los demás parece depender del lugar que ocupamos o creemos ocupar en la escala social. Cuanto más subordinados nos creemos, estamos más atentos; y menos, cuando nos creemos superiores. Lo podemos decir de otro modo: cuanto más nos importa algo más atención le prestamos y como consecuencia, más lo cuidamos.

Una de las demandas más evidentes de los ciudadanos, hoy en día, en relación con la política es la de ser escuchados, la de ser tenidos en cuenta. No gestionar la realidad social al margen de la ciudadanía y sus necesidades. No utilizar la política al servicio de los grandes poderes económicos o de sus intereses personales.

En este contexto, es gratificante el pasaje evangélico del ciego Bartimeo. A pesar de todos los impedimentos, Jesús escucha sus gritos, se detiene, le manda llamar y le pregunta qué puede hacer por él. Prestar atención tiene una estrechísima relación con el amor. El amor comienza por prestar atención al otro. Prestar atención forma parte de un modo de vivir profundamente humano y, por supuesto cristiano.

No es difícil comprender la escena que nos propone el evangelista Marcos. Un ciego junto al camino pidiendo limosna. Podemos imaginarla como la representación de la persona que está ciega para ver la vida como es y, porque no ve el camino, se ha sentado al borde de la vida. **¿Cuántas personas hay así, en esta situación? ¿A cuántas conocemos?** Tal vez seamos nosotros uno de ellos. Personas en las que se ha apagado la luz de la esperanza y ya no desean caminar y vivir.

Bartimeo también habla de nosotros, los cristianos. También estamos ciegos y sentados al borde del camino cuando ya no somos capaces de ver la luz que viene de Jesús y, cuando en lugar de caminar junto a Él, preferimos sentarnos porque nos flaquean las fuerzas que se alimentan en la fe y en la esperanza y en el amor. **¿Cuántos creyentes cumplen con lo mandado pero no brilla en sus ojos la luz del Evangelio? ¿Cuántos han abandonado la Iglesia porque nunca descubrieron a Jesús?**

El grito de este hombre es una figura del grito de los pobres de cualquier condición, a lo largo de la historia. Un grito que, normalmente, no se escucha porque los poderes lo silencian; y porque suele ser molesto; y porque suele ser un grito mudo, silencioso. Los cristianos porque así lo hemos aprendido del Maestro, estamos llamados a ser “los que escuchan el grito de los pobres”

Un cristianismo que no escucha este grito es un cristianismo ciego y al borde del camino. Se parece a *«la semilla que cayó al borde del camino y se la comen los pájaros»*. Se parece a *«la sal insípida que ya no sala y se la tira»*.

Pero, **¿cómo educar el oído para oír ese grito?** Dice Marcos que los primeros que hemos de gritar somos nosotros. Gritar para que Jesús no pase lejos, gritar para que nos oiga, se detenga y nos pregunte: *«¿qué quieres que haga por ti?»*. Sin Jesús, somos ciegos al borde del camino. Con Jesús, recobramos la luz de los ojos y las ganas de caminar.

Bartimeo recobró la vista y siguió a Jesús por el camino. Nosotros somos Bartimeo. Cuando Jesús se acerca y le pedimos ver, recobramos la luz de la fe. Cuando contemplamos el rostro de Jesús, nos nace la alegría de vivir como discípulos suyos. Necesitamos que Jesús se acerque. Con el paso del tiempo su figura se ha ido oscureciendo y nos cuesta ver, y las fuerzas nos abandonan, y nos sentamos.

Hay una buena noticia que podemos llevar a quienes están tirados en las cunetas de la vida: esa buena noticia es la de acercarse, escuchar, prestar atención, tener sensibilidad, comprender, ayudar a ver lo que ya no se ve, ayudar a ponerse en pie, enseñar a caminar, caminar al lado. Es lo que hace Jesús con nosotros.